

¡De un furioso despecho enagenada,
Maldigo al mismo á quien estoy llorando!

¡Viva siempre dichoso, si es posible,
Menospreciando así mi amante trato!

¡Y si de su conciencia el grito horrendo
No amargare sus días desdichados!

¡Que yo, cuya existencia deplorable
De un invierno sombrío es fiel traslado;
Yo, que ví que mis grandes esperanzas
Como ligera sombra se escapáron;

Yo, sola, desgraciada en mis cariños,
Y en la florida edad del placer grato,
No tengo mas recurso que la muerte,
Pues aun los Dioses me han abandonado!

¡Y tú, mi lira, que eres mis amores,
Tú, compañera de mis ocios blandos,
Descansa en paz! ¡Mi triste musa espira!
¡Recibe ya mis últimos abrazos!

¡Muramos, habitemos el Averno!
¡Mi espíritu huya del comercio humano!
La imágen de Faon irá conmigo;
Y hablaré con las sombras de este ingrato.

Acabada la lectura, subimos al sepulcro de aquella desventurada, echámos en él algunas flores, é hicimos libaciones; luego dirigimos oraciones á su sombra, y la recomendamos á los Dioses Manes. Supimos despues que los de Mitilene, compatriotas suyos, habian decretado que se grabara su retrato so-

bre las monedas. Despedímonos de los dos Sicionenses, los cuales se volviéron á su patria curados de su pasion, y especialmente de la gana de dar el salto de Leucades.

CAPITULO XXXVII.

Proyecto de viage de los dos amigos. Su morada en casa de un filósofo escéptico.

PROPUSE á Fanor que me acompañara á Delfos para consultar al oráculo, y desde allí irnos á Laconia, á efecto de ver la celebrada competidora de Atenas, aquella soberbia Esparta, cuyas costumbres y valentía eran la admiracion del universo. Gustóle infinito la proposicion, y empezó á aficionarseme; y ademas él tenia la misma curiosidad que yo sobre sus destinos futuros, y esperaba que la Pitia le abriese el libro de lo venidero.

Partimos para Calcis, y pasámos el río Aqueloo, que es tan famoso por su pelea con Hercules, á quien quiso quitar á Dejanira. Aqueloo, para huir de su ruina, se transformó en serpiente y en toro; pero Alcides, tres veces victorioso, le arrancó un cuerno, y le precisó á ocultarse en lo profundo de las aguas. Aqueloo, por recobrar su cuerno, le cedió el de Amaltea, ó el cuerno de la abundancia.

A proporción de como nos alejábamos de Leucades, iba haciéndose mas amable el carácter de Fanor. Su chiste y su amenidad, que una desgraciada pasión habia eclipsado y comprimido, empezaron á desarrollarse; ya solo hablaba, chanceándose, de la infidelidad de la bella Teana, y solia tambien reirse de los dos bofetones tan bien sentados sobre la descarnada mejilla de su tia, y de los gorgoritos del Bapto, cuando le apretaba la garganta: ; tan cierto es que la causa de los mas de nuestros pesares es tan frívola, que basta dejar al tiempo para reírnos algun dia de nuestro dolor y de nosotros mismos!

Caminábamos frecuentemente á pié. Nos deteníamos en los sitios mas amenos; descansábamos á la sombra de los bosques; comíamos junto á los riachuelos y las fuentes con el mejor apetito; y asi llegamos á Calcis, gozosos y satisfechos de lo presente, y poco cuidadosos de lo futuro.

De Calcis pasamos á Anfisa. Fanor conocia en aquel pueblo á un amigo de su padre, llamado Lacides, filósofo escéptico, natural de Cirene. Habia sido discípulo de Arcesilas, y su sucesor en la Academia. Era un hombre seco, de alta estatura, y aunque no pasaba de los cincuenta años, estaba ya calvo. Acogiónos con benignidad y cortesía, nos tomó de la mano derecha en signo de fidelidad, an-

duvo delante de nosotros, nos llevó al baño, y unas criadas llegaron á lavarnos los piés (60). Luego que nos presentamos, nos dijo: « En este mundo todo es dudoso, mas no obstante podeis ser hombres de bien. En mi casa permaneceréis el tiempo que quisiéreis, con tal que me permitais algunas horas de estudio; porque vivir es cultivar la razon, y desplegar todas las facultades del alma. Los conocimientos son el origen de que la felicidad dimana. »

La mesa del filósofo escéptico era mejor que la del pitagórico; pero, con todo, nos ofreció mejor comida en casa de su amigo Bion, si queríamos ir á visitarle. « Es un sabio, dijo, de la secta de Epicuro, que vive en el campo. » Aceptamos con tanto mas gusto, cuanto que Bion era famoso por sus idilios llenos de imágenes campestres, de suave y fácil poesía, y de estilo puro y elegante.

Lacides nos habló, despues de cenar, de sus opiniones y de las de Pirron, gefe de los Escépticos. « He profesado, dijo, veinte y cinco años en los jardines de la Academia; pero me abandonó Epicuro, que predicaba los deleites del alma y de los sentidos. Una de las grandes máximas de nuestra escuela, es que siempre debe suspenderse el juicio, y nunca aventurar decision alguna. Mirad por esa ventanaz: ¿ que es lo que veis sobre aquella colina? — Neó, Lacides, un rebaño de carneros. — Pues

esos carneros acaso no existen, porque es una ilusion de óptica. Por medio de la duda llega el Escéptico á aquel sosiego del alma, que llamamos *ataraxia*. Estando Pirron para naufragar, miraba la borrasca con sosegados ojos; y como se lo echasen en cara, dijo: « ¿Veis ácia el otro extremo del navío aquel animal que está comiendo sin zozobra?..... Pues asi debe ser la impassibilidad del sabio. » Aquel gran filósofo vivia con su hermana, y juntamente con ella entendia en las haciendas de casa, iba al mercado, barria, y practicaba todas las funciones de una criada. Cuando se le hablaba de ello, respondia: « Que todo era indiferente, y que él no creía que una cosa valiese mas que otra. » Lacides añadió que vivir y morir eran una cosa misma. Entonces Fanor le preguntó ¿por que no se moria? — « Porque tanto vale vivir como morir, respondió. » En aquel mismo instante un esclavo rompió una copa. Encolerizóse el Escéptico, y le riñó. — ¿Por que le reñis? le pregunté. — ¿Pues no veis, me contestó, que ha quebrado una hermosa copa? — Veo la copa quebrada, le repuse, del mismo modo que veo los carneros; pero acaso la copa no tiene tampoco existencia; y fuera de esto la ataraxia.... aquella paz del alma.... — ¡Valgaos Pluton! me replicó: en la escuela opino de un modo, pero en mi casa me gobierno de otro. »

Cayó la conversacion sobre los vicios é injusticias de los hombres. « Pienso, dijo nuestro huésped, lo mismo que Pirron, quien sostiene que la injusticia ó justicia de las acciones depende únicamente de las leyes humanas y de la costumbre, y que no hay nada que sea en sí mismo honrado ó vergonzoso. » Combatimos vivamente una moral tan peligrosa, y él añadió: « Ningun medio tenemos para conocer la verdad: la razon, la imaginacion, los sentidos, todo cuanto está en nosotros y fuera de nosotros, nos engaña: no hay objeto que haga impresion á dos hombres ó á un mismo hombre, en dos instantes diferentes, y de la misma manera. Despues de esto, ¿que podemos pensar de la razon? Mas, en sueños vemos los objetos como si existieran: ¿quien, pues, puede asegurarnos de que nuestra vida no es un sueño continuo? » Pareciónos tan absurdo aquel sistema, que creimos Fanor y yo que habia algun trastorno en la cabeza de aquel Escéptico; pero raciocinaba tan exactamente sobre otros objetos, y mostraba tanta erudicion, que al instante le restablecíamos en su juicio. Al irnos á acostar, le dije que acabábamos de soñar que habíamos cenado bien y delicadamente. — Y yo, replicó, sueño que os he dado la cena de bonísima voluntad.

Nos fué á buscar muy de madrugada para

llevarnos á casa de su amigo Bion. — « Veréis, nos dijo, á un poeta filósofo, muy amante del campo, y resuelto á nunca dejarlo. De él puede decirse, cuando celebra en sus idilios los placeres campestres, que canta lo que ama. Posee muchos bienes, y el don rarísimo de saberlos disfrutar. Pasa una vida deliciosa, y hace de modo que cuantos le rodean participan de su felicidad. Al fin del año reparte sus economías entre sus domésticos y esclavos. Jamas ha rehusado auxilios pecuniarios á hombres de bien. No vive solo en su retiro, porque tiene una compañera amable, mucho mas jóven que él, la cual hace su vida dichosa; su historia es curiosísima: el mismo Bion os la contará. »

CAPITULO XXXVIII.

Llegan á casa de Bion. Sus costumbres y su filosofía. Son presentados á Teofania.

DIJÉRONNOS, al llegar á casa de Bion, que estaba en el inmediato bosque. Al estar ya cerca de él, vimos un rebaño disperso. Lacides nos dijo entónces: « No está lejos Bion, cuando no está lejos su ganado: en efecto, vedle allí. » Presentósenos un anciano bastante fresco, pero tan estrañamente vestido,

que no queríamos creer que fuese el poeta Bion. Iba en traje de pastor, y llevaba sobre su cabeza encanecida por los años una corona de chopo, y en la mano un cayado lleno de flores; no le faltaban sus alforjas para el pan, y su perro le acompañaba. Saludónos cariñosamente; y como notase que Fanor y yo le mirábamos con alguna novedad, nos dijo: « Veo que mi traje os maravilla; pero, tenga razon ó no la tenga, me he vuelto pastor á los setenta años de mi edad. Tan bueno es este oficio como otro cualquiera, y por cierto que yo no lo trocara por el del Rey. Imito á Apolo mi señor, pero con la diferencia de que los que guardo son ganados míos. Mas la calor empieza, y necesitaréis de reposo: vamos á buscar un asilo. Daré órdenes para que os traten lo mejor que se pueda; que, aunque pastor sencillo, no siempre vivo con raíces, ni siempre bebo leche sola. » Hizo entónces una seña á su perro, el cual recogió el ganado; y pastor, perro y corderos, marchábamos en buena compañía. Bion argumentó risueñamente á Lacides sobre sus filosóficos principios, y le preguntó: si realmente existíamos? — Respondió Lacides, que no habia cosa mas sujeta á duda. Entónces el filósofo pastor le dió una gran puñada. El Escéptico se resintió con un grito. — « Esa puñada, le repuso Bion, os la habeis soñado, porque no

hay cosa mas incierta que mi existencia. » Todos réimos al oír la fuerza del argumento, y tambien el mismo Escéptico, que no tuvo que responder.

Asi que Bion metió al ganado en su redil, nos llevó á su majada. « Allí encontraremos, nos dijo, á la amable Psiquis, que estará preparandonos manteca. Psiquis es un nombre afectuoso que yo la he puesto, por lo mucho que se parece á esta divinidad; pero se llama Teofania. Es un dulce regalo que los Dioses me han hecho. Algo disonantes son nuestras edades, porque mi alma no habita ya mas que ruinas, y Teofania está en su primavera; pero, con todo, me lisonjeo de que me es fiel. Tuve la felicidad de hacerla un señalado servicio, al cual debo su amistad. Os contaré esta aventura en la mesa, pero sabed que, lejos de abusar de su gratitud, la llevé una mañana cierta escritura de donacion. — « Ya os veis, la dije, al abrigo de la indigencia, é independiente: si quereis retiraros al campo conmigo, os deberé mis dichas; pero si la compañía de un anciano, sobre quien pronto van á dar las enfermedades, puede contristar vuestros bellos dias (61), libre sois: ningun servicio, ni ningun agradecimiento prescribe el sacrificio de sí mismo y de su libertad. » Al oírme hablar asi, me juró una fidelidad inviolable el alma sensible de Psiquis. Nos

retirámos á este solitario parage, en el que habitamos dos años ha; y no creo que ni el tedio ni los disgustos hayan habitado con nosotros.

Entrábamos á la sazón en la majada, y Bion nos presentó á su temprana divinidad, la cual nos saludó con aquella amenidad y gracia que ni se difine ni se aprende. Al verla, quedámos como en éstasis Fanor y yo. Lacides, que conoció la impresion que nos habia hecho, preguntó á Fanor ¿ que le parecia? — « Una lindísima apariencia, le respondió, una ilusion de óptica preciosa; y mas quiero soñar que la veo, que soñar que veo al rebano. » La misma pregunta me hizo Bion, á la que respondí que me parecia estar viendo á la misma Psiquis, su atractiva fisonomia, sus hermosos ojos negros, su mirar tierno y vivo, y en fin aquella espresion y aquella gracia insinuante que le mereció el nombre de Psiquis (62).

Ninguna ponderacion habia en aquel elogio. Imaginaos una figura celestial; su cabeza y su frente no eran grandes; su fisonomia y sus rasgados ojos negros espresaban sentimientos purísimos. En su alta estatura se notaba la flexibilidad del junco; el órgano dulce y lisonjero de su voz penetraba hasta lo íntimo del alma. Estaba batiendo manteca, y nos la dió á probar; y como batida por tan

bella mano, nos pareció ambrosía. Bion se puso á ayudarla en aquella manipulacion. « Maravillados estaréis, nos dijo riendose, de ver á un filósofo y á un discípulo de las Musas humillarse á ocupaciones tan menudas, y entregarse á este género de vida; pero lo que siento, es haberlo empezado sobradamente tarde. Esta vida pastoral era la de nuestros padres: leed á Homero, que suministra mil ejemplos de ello. En la Siria y en Sicilia se hallan aun gentes honradas que se ocupan en criar ganados, y que en sus ratos ociosos componen canciones sencillas y graciosas. Solo aquí he hallado esta felicidad, tanto tiempo buscada por engañosos caminos. Yo fuí, como infinitos, juguete de las necedades humanas; pues atormentado por la vanidad, y por las pequeñas pasiones, me sacrificué durante las tres cuartas partes de mi existencia á las opiniones humanas, como si la conciencia de un hombre de talento no debiera ser el primer juez de sus acciones. He pasado mi vida en contradiccion conmigo mismo, luchando sin cesar contra mis gustos y mis sentimientos, y alejandome del fin á que aspiraba. Por último, he sacudido mis viejos errores, y he visto que el retiro era el puerto del sabio; no hablo de un absoluto retiro, porque los extremos son flaquezas ó manías. Estoy en el mundo para

lo que me agrada: huyo del trato que me cansa, y de las conversaciones que me fastidian: busco un comercio suave con mis amigos: tanto me ofende un placer grosero, como una virtud sobradamente austera; y yo mismo me forjo tranquilas é inocentes fruiciones. El mayor bien de la ancianidad es el reposo. Habito en el campo, porque en él todo ríe, y todo habla en él al alma y á los sentidos. Tanta moderacion necesita la sabiduría como la locura. A los de mi edad nos inclina á la austeridad la flaqueza de los sentidos, y la melancolía del ánimo; y debemos defendernos contra ella, como en la juventud contra la intemperancia. Yo me esmero en animar, cuanto me es posible, mi vida. Quiero poder decir, como no sé que filósofo epicureo: « Los años bien me pueden arrastrar, pero ha de ser de espaldas. »

« Ved aquí nuestro plan de vida: por la mañana, cuando el tiempo está sereno, Teofania y yo llevamos á pacer nuestro ganado; y ya que el sol va subiendo, nos refugiamos á los bosques, y allí, bajo sus sombras, acompaña Teofania su voz con las dulces consonancias de su lira: ya, acostado blandamente junto á ella, compongo idilios; ya leemos á Herodoto y á Tucídides; ó ya, otras veces, recitamos escenas de Sofocles y de Eurípides; ó coronados de rosas cantamos

las escolias de Anacreon. Muy á menudo, en los hermosos dias del verano, comemos en los bosques con leche y frutas; y á la caida de la tarde, cuando ya las sombras empiezan á ennegrecer los valles, conducimos nuestro rebaño; y despues de un paseo variado y agradable terminamos el dia con una cena mas delicada que las de Ulises y de Agamemnon. Este Rey de los Reyes, segun Homero, cenando en casa de Ajax, fué regalado con un toro cocido; y el festin de Ulises, en casa del buen hombre Eumeo, consistió en dos cerdos asados. Acaso hallaréis estrañeza en este modo de existir; pero vivid persuadidos á que la primera estrañeza, y la mayor inconsecuencia del entendimiento humano, es ser constantemente el esclavo y la víctima de las costumbres y de las preocupaciones de los hombres. »Llegó un criado á preguntarle ¿en que sitio y á que hora queria comer? A estas palabras nos previno que nunca comia en el mismo parage, ni á la misma hora. — «Ninguna cosa es para mí tan ridícula, añadió, como fijar el instante de las comidas, y mandar al apetito que llegue á hora señalada. Los animales comen á la voz de la necesidad. En cuanto á la sala de comer, tambien tengo mi poco de manía, porque mi sala está en todas partés, ya sobre una colina, ya á la sombra de los bosques, ya junto á una fuente, y ya

en una gruta de que gustamos mucho. De manera que evitando la insipidez, hija de la costumbre, variámos nuestros placeres: diversidad es la divisa del hombre. Elegid pues hoy el lugar de la escena.» Dijimos que dábamos nuestras voces á la amable Psiquis, la cual decidió que comiésemos en la gruta.

Su entrada era estrecha, pero presentaba una rotunda espaciosa, cortada en la misma roca; recibia la luz por una gran abertura central, hecha en lo alto de la bóveda; y unas claraboyas entreabiertas daban una luz suave y una deliciosa frescura. Tambien encontramos camas sencillas y cómodas.

CAPITULO XXXIX.

La comida. Cancion de Psiquis.

FUÉ escelente la comida. Unos esclavos comenzaron por verternos agua en las manos; despues de lo cual echámos á la suerte el rey del festin, y la suerte cayó sobre mí. Sirvieronnos un pan delicioso, amasado con leche y trigo purísimo, y con aceite y sal. Tuvimos aceitunas de Atenas, dátiles de Fenicia, y las almendras de Naxos, tan buscadas. La buena eleccion de manjares y vinos publicaba la sensualidad y delicadeza del amo. A cada

servicio laváron la mesa con esponjas. Sirvióse á cada uno de nosotros la porcion en unos platitos, y el mismo Bion hacia las reparticiones. Teníamos copas de muchas magnitudes. Trajéronnos coronas, y nos las pusimos sobre la cabeza, sobre el corazon, y al derredor del brazo.

Pero me admiré de ver junto á las mas hermosas copas, y junto á una vajilla de plata, y de plata sobredorada, vasijas del mas grosero barro. Pregunté la causa á Bion. — « Hago esto, me respondió, para tener siempre á la vista mi primera fortuna, y para acordarme de que en otro tiempo me servia con semejantes platos, como se conserva en Atenas el antiguo Areopago, pobre monumento cubierto de tierra (a).

En medio del festin, tomó Teofania un ramo de mirto y su cítara, hizo muestra de sus bellos brazos, torneados y redondos, ensayó un prelude musical, y hermanando su voz con sus consonancias, cantó las desgracias de Psiquis.

(a) Conservabase igualmente en Roma, por espíritu de religion, en el Capitolio la casa de Romulo, cubierta de paja. Seneca dice: *Colit etiamnum in Capitolio casam victor gentium populus.*

PSIQUIS.

ROMANCE.

Corazones sensibles, que me ois,
A mi destino mísero dad llantos;
Y vosotras, bellezas seductoras,
La cólera temed del Dios de Pafos.

Encantar he sabido cual vosotras,
Y tierna y generosa me hizo el hado:
¿Con un pecho sensible á los amores
Debia yo aumentar los desgraciados?

Mas ¿podríaíslo creer? Venus gemia
Zelosa de mis débiles encantos;
Y aunque jóven, las lágrimas conozco,
De su encendida rabia eterno blanco.

De mí separó lejos mis amantes;
Con el tedio mis dias abreviando,
De amar y ser amada la esperanza
Robóme asi desde mi abril lozano.

Un oráculo fué por mi familia
Y por el padre mio consultado.
«Vuestra hija, les dijo, á un monstruo horrible
Ayuntará himeneo con sus lazos.

Llevadla á los desiertos; que su padre
La abandone á su seno solitario;
Vosotros verteréis amargos lloros,
Empero asi el destino lo ha ordenado.»

Acia un desierto árido, espantoso,
De mi vida el autor guió mis pasos:
Recibí en él su larga despedida:

«A Dios, me dijo, o sola prenda que amo;

¡ Con ojos de piedad me mire el cielo ! »
 Dice ; y de mí se ausenta . ¡ O día aciago !
 Pálida de terror y moribunda
 Sobre el suelo insensible entónces caigo .
 Mas de repente este lugar de horrores
 Se cambia en un magnífico palacio :
 Un pórtico soberbio , bosques , flores
 Y raudales mis ojos admiráron .
 Turba prodigio tanto mis sentidos :
 Mas , ¡ o sorpresa estrema ! ¡ o Dioses santos !
 En veinte olmos nacientes leo escrito :
 « Tú eres , o bella Psiquis , á quien amo . »
 Yo dudo todavía , abro los ojos ,
 Cuando un eco halagüeño , un eco blando ,
 « Reina , Psiquis , me dice , en estos sitios ,
 A hacerte venturosa me consagro :
 La noche me verá marido tuyo ,
 Y desaparecer el día claro .
 Si conocerme intentas , ¡ infelice ,
 De la cólera mia teme el rayo ! »
 Tranquilizan mi espíritu estas voces ,
 Registro de mi asilo los espacios ,
 Me asiento so floridos cenadores ,
 Y de un plácido arroyo sigo el paso .
 Pronto la triste noche enluta el cielo ,
 Se alza , por la molicie preparado ,
 Un lecho en una alcoba esplendorosa ,
 En el cual me reclino , aunque temblando .
 ¡ Ay de mí ! de repente á alguno siento ,
 Que me agita y me estrecha entre sus brazos ,
 Que el seno mio cubre con mil besos ,

Su embriaguez á mi ser comunicando .
 Mas ántes de la aurora me abandona .
 La noche trae de nuevo el mismo halago ,
 Los mismos besos , los placeres mismos ,
 De dos meses el vuelo así llenando .
 ¡ O cual era mi suerte venturosa !
 ¡ Ay de mí ! ¡ que demonios me estraviáron ,
 Una vez á lo menos el objeto
 De quien ídolo fuí , ver anhelando ?
 Siempre al alba decíame á mí misma :
 « Es un monstruo sin duda , no hay dudarlo ;
 Dejaraseme ver si fuera hermoso ,
 Encantarme querría con su encanto . »
 Resuelta pues , distante de mi lecho ,
 Una lámpara oculta mi cuidado .
 Mi esposo llega , y me saluda ansioso :
 « Buenas noches , o Psiquis , dueño caro . »
 Con un ardiente beso estrecha luego
 La purpurada rosa de mis labios ;
 Mas el placer es un instante solo ,
 Y ya el sueño á mi esposo ha subyugado .
 Entónces me levanto dulcemente ,
 La lámpara sin ruido á él acercando .
 ¡ Que portentoso objeto ! ¡ grandes Dioses !
 ¡ Que resplandor mis ojos han mirado !
 ¡ Cuanto era bello ! mas ¡ pesar inútil !
 Miéntas estoy sus gracias devorando
 En la incredulidad y en el asombro ,
 Se derrama mi lámpara , y le abraso .
 Súbitamente entónces se despierta .
 « Temeraria , me dice , ¡ que has osado !

Tiembla (tal de mi madre es el decreto).
El que te está castigo reservado.

¡Reconoce al Amor que por tus gracias
Ardia, reconoce al Dios de Pafos!
A Dios, pérfida.» En lágrimas bañada
Me abandona á estas voces el ingrato.

El relámpago brilla entre las sombras,
Desplomase al momento mi palacio,
Y desde aquel momento solo veo
De negras rocas el conjunto vasto.

« ¡Perdon, perdon! esclamo arrodillada;
Mi perdon ¡o Citeres, te demando!
Concedeme la vida, por tu hijo,
Por aquel que mi esposo se ha llamado.»

« Vivirás, vivirás, desventurada,
Una voz me responde amenazando:
Mas renuncia á tus vanos atractivos,
Y al que te ha enamorado brillo falso.

Horror inspirarás con tu figura.
— O tú, la dije, o Diosa, á quien mi labio
Implora, te perdono tus rigores,
Con tal que aun sea á tu hijo objeto caro.»

Despues de oida esta inmortal sentencia,
Discurro por do quier, bañada en llantos,
El esposo cruel cuanto querido,
Que me ha tan prontamente abandonado,
Buscando: á mi mudanza me acostumbro;
La belleza no es mas que un don infausto.
No lloro mi pesar, pues para amarte
Mi corazon, Amor, aun me ha quedado.

Entretanto que Teofania con penetrante
y armoniosa voz celebraba los amores y des-
gracias de Psiquis, todos los presentes, aten-
tos y suspendidos, recibíamos cuantas im-
presiones queria hacer en nuestros ánimos.
Ya nuestras almas voluptuosamente arras-
tradas se paseaban errantes por aquellos en-
cantados bosquecillos, disfrutando las felici-
dades de aquella tierna Psiquis; y ya vivísima-
mente conmovidos llorábamos su infortunio
y la venganza de Venus. Asi que hubo reci-
bido nuestros elogios con mucha modestia,
nos dijo que Bion tenia compuesta, no habia
mucho, una breve cancion sobre sí mismo,
que le agradaba cantar. — Yo os la diré, re-
puso Bion, con mi voz ronca y cascada, que
algun dia fué llena y sonora; pero me ha
vencido el tiempo, y tengo que ceder á sus
ultrajes.

¡Pobre Bion, que suerte tan funesta
Ha llevado tus ojos á tu espejo!
Enflaqueces y pierdes el cabello,
Y el invierno encanece el que te resta:
¡Pobre, pobre Bion, cual te haces viejo!
Tu frente, por los años arrugada,
Lanza lejos de tí Risas y Amores;
Y estos, tan halagüenos y traidores,
La dejan para siempre abandonada.
Si envejezco, saberlo no procuro;
Sin contarlos jamas, tomo los días.

De lo que, sin lisonja estoy seguro,
 Es de que cuanto mas nos alejemos
 De la edad placentera
 Que vió nacer nuestra pasion primera,
 Tanto mejor se debe
 Gozar del que nos queda, tiempo breve.

Aplaudimos mucho aquel pensamiento moral. Despues recordámos á Bion, que nos habia prometido contarnos el cómo un Dios propicio le llevó á encontrar tan amable compañera. — Con mucho gusto lo cumpliré, añadió Bion: hagamos nuestras libaciones, y desempeñaré mi promesa.

CAPITULO XL.

Como encontró Bion á Teofania.

ESTABA yo en Mileto, ciudad de la Ionia, donde el cielo es puro y sereno, y donde corre el Meandro por entre deliciosas praderas, bajo doseles de chopos, describiendo mil vueltas y revueltas que retardan y hermocean su curso. Este río goza del particular privilegio de que las jóvenes, algunos dias ántes de su himeneo, vayan á ofrecerle sus primeros favores, que aquel Dios se digna de aceptar algunas veces. En aquel voluptuoso clima no

se respiran mas que placeres y amores. Se dan á multiplicar las fruiciones, y á crear nuevos deleites; pero descuidan los del espíritu y los del corazón, que son mas gratos, mas verdaderos y mas durables que los de los sentidos. El placer es sin duda alguna una cosa excelente, pero no puede ser para el hombre un estado habitual y constante: el reposo y la paz consigo mismo y con los otros es el blanco en que debe poner la mira todo hombre sensible y juicioso. Esta es la filosofía de mi maestro Epicuro.

Un dia de invierno hermosísimo comí en el campo. Fué larga la comida, y no volví á la ciudad hasta la entrada de la noche. Distaba de ella solo algunos estadios, cuando encontré dos hombres que muy azorados me preguntaron: ¿si habia encontrado á una muchacha? Al oír mi respuesta negativa, se fuéron. No lejos de allí, un perrillo que llevaba conmigo se paró enfrente de una cerca que seguía el camino; y luego se vino á mí de repente, despeluznado, y ladrando á mas no poder. Sus ladridos y su espanto me hicieron sospechar que podia haber algun pícaro oculto detras de aquel abrigo. Aunque viejo, tenia yo brios y vigor; y así armado con mi garrote me arrimé, y mi perro reforzó sus ladridos. Procuré mirar por encima de la cerca, pero me detenía un foso cenagoso. La noche